

—Se apeó en el Spladgest y al poco tiempo se embarcó para Munckholm.

—Ah! yo creía que iba á los antípodas; pero á qué diablos vá á ese castillo? ¿A qué fué al Spladgest? Es un caballero errante, aunque en parte tengo yo la culpa por haberle dado esa educacion. Quise que fuera libre á pesar de su rango...

—Por eso no es esclavo de la etiqueta, contestó Poel.

—Pero es esclavo de sus caprichos. Supongo que pronto volverá. Cuéntame qué expresion tenia el rostro del general; cuéntame si habeis corrido mucho por esos mundos de Dios.

—Mi general, hemos venido directamente de Berghen. Mi amo estaba triste.

—Triste! ¿Pues qué ha pasado entre él y su padre? Le desagrada esa boda?

—Lo ignoro; pero se dice que su serenidad la exige.

—Dices que el virey la exige? Pues para eso es preciso que Ordener la rehuse.

—No lo sé, excelencia, pero mi amo está triste.

—Sabes si le recibió bien su padre?

—La primera vez le recibió en el campamento, junto á Berghen. Su serenidad le dijo:—No te veo con frecuencia, hijo mio.

—Me alegro que os apercibais de ello, le contestó mi amo. Luego dió á su serenidad noticias muy detalladas de sus correrías por el Norte, y su serenidad le contestó:—Está bien. Al dia siguiente volvió mi amo á palacio y oí decir: Quieren casarme, pero es necesario que antes vea yo á mi segundo padre el general Levin.—Ensilé los caballos y ya nos teneis aquí.

—¿Conque me ha llamado su segundo padre? exclamó el general con infantil alegría.

—Sí, señor.

—Pues yo le juro que si ese casamiento le contraría, aunque incurra en el enojo del rey, no consentiré que se verifique. Y sin embargo, la hija del gran canciller de los dos reinos... A propósito, Poel; ¿sabe Ordener que su futura suegra la condesa de Ahlefeld está aquí de incógnito desde ayer, y que se espera la venida del conde?...

—Lo ignoro, mi general.

—Debe saberlo, dijo para sí el veterano gobernador; sí, él lo sabe, y por eso se bate en retirada desde que llegó.

Dicho esto, despues de despedirse de Poel con amable sonrisa y de saludar al

centinela, que le presentó las armas, el general volvió á sus habitaciones del palacio.

V.

Parecia que todas las pasiones habian agitado su corazon y que todos le habian abandonado; solo le quedaba la mirada triste y penetrante del hombre experimentado en la ciencia de los hombres que sabe leer en el interior de ellos.

(SCHILLER.)

Despues que el ujier hizo recorrer al extranjero las escaleras en espiral y las altas salas de la torre del Leon de Slesvig, le abrió la puerta del departamento donde se hallaba el preso, y la primera palabra que hirió los oidos del jóven fué todavía: Es el capitán Dispolsen?

El que preguntó era un anciano sentado de espaldas á la puerta, que tenia los codos apoyados sobre una mesa y sostenida la frente en las dos manos. Vestia una especie de toga de lana negra y veíase encima del lecho, colocado en un rincon de la estancia, un escudo roto, alrededor del que estaban colocados los collares de las órdenes del Elefante y de Dannebrog; una corona de conde volcada estaba fija debajo del escudo, y dos fragmentos de mano de justicia unidos en cruz completaban el conjunto de esos singulares adornos: el viejo era Schumacker.

—No, señor, le contestó el ujier: despues, dirigiéndose al extranjero: Hé aquí al prisionero, le dijo, y dejándolos solos cerró la puerta, sin poder oír la voz ágría del anciano, que decia:—Si no es al capitán, no quiero ver á nadie.

Al escuchar esas palabras quedó el extranjero de pié junto á la puerta, y el preso, creyéndose solo—porque ni siquiera habia vuelto la cabeza,—volvió á entregarse á su concentrada meditacion.

De repente gritó:—¡El capitán me abandona y me hace traicion! ¡Ah, los hombres son como el pedazo de hielo que un árabe confundió con un diamante, como una joya guardóla en su zurrón, y cuando fué á buscarle, nada encontró... un poco de agua.

—No soy yo de esos hombres, contestó el extranjero.

Schumacker se levanto bruscamente.

—Quién está aquí? quién me escucha?

—¿Es algun mercenario del miserable Guldenlew?...

—No habéis mal del virey, señor conde.

—No me llameis así por adularme; es

inútil, perdeis vuestro trabajo, porque ya no soy poderoso.

—El que os habla nunca os conoció poderoso, y sin embargo, es amigo vuestro.

—Esperará algo de mí: las atenciones que se tienen á los desgraciados guardan proporcion con las esperanzas que éstos inspiran.

—Yo soy el que debería quejarse, señor conde, porque me acuerdo de vos, y vos me habeis olvidado. Yo soy Ordener.

Un reflejo de alegría pasó por los tristes ojos del anciano, y una sonrisa, que no pudo reprimir, se dibujó en su boca.

—Bien venido seais, Ordener; ¡deseo felicidades al viajero que se acuerda del preso!

—Pero... me habíais olvidado?

—Os habia olvidado, contestó Schumacker, volviendo á tomar su aire sombrío, como se olvida la brisa que nos refresca y que pasa, y nos dá la dicha mientras no se convierte en huracán que nos destroza.

—Conde de Griflenfeld, ¿no esperábais volverme á ver?

—El viejo Schumacker no lo esperaba, pero si una jóven que esta mañana mismo me hizo observar que cumplió un año el 8 de Mayo último que estábais ausente.

Ordener se estremeció.

—Hablais de Ethel, señor conde?

—No lo quereis entender?

—¿Vuestra hija, señor, se dignó contar los meses que duró mi ausencia? ¡Oh, qué dias tan tristes he pasado! He visitado toda la Noruega, desde Cristianía hasta Wardhus, pero mis deseos se concentraban en Drontheim.

—Goza, jóven, de vuestra libertad, mientras podais gozarla; pero decidme por fin quién sois; quisiera, Ordener, conoceros por otro nombre, porque el hijo de uno de mis mortales enemigos se llamaba Ordener.

—Quizás, señor conde, ese mortal enemigo os profesa más afecto que vos le profesais.

—Eludís mi pregunta... pero guardad vuestro secreto; ya conoceré quizás algun dia que el fruto que apaga mi sed es un veneno que me mata.

—Conde! exclamó Ordener irritado: y despues, reponiéndose, dijo con acento de queja:—Conde!...

—¿Por qué he de fiarme de vos, contestó Schumacker, que ante mí abrazais siempre el partido del implacable Guldenlew?

—El virey, dijo gravemente el extranjero, acaba de dar la orden de que esteis libre en lo sucesivo y sin guardias en el interior de toda la torre del Leon de Slesvig. Esta noticia la adquirí en Berghen y la recibireis muy pronto.

—Favor es ese que no me atreva á esperar y del que no he hablado á nadie más que á vos. Disminuyen el peso de mis cadenas á medida que mis años se aumentan, y cuando mis dolencias me hayan extinguido las fuerzas, me dirán sin duda:—Sois libre.

Sonriendo el anciano amargamente, preguntó:

—¿Y vos, mancebo, conservais todavía vuestras locas ideas de independenciam?

—Si no las conservara no estaria aquí.

—Cómo habeis venido á Drontheim?

—A caballo.

—Cómo habeis llegado á Munckholm?

—En una lancha.

—¡Insensato, que se cree libre y pasa de un caballo á una lancha! No son tus miembros los ejecutores de tu voluntad, sino un animal ó la materia.

—Obligo á los séres á obedecerme.

—Tomar sobre ciertos séres el derecho de ser obedecidos, es dar á otros el derecho de mandaros. La independenciam solo existe en el aislamiento.

—Conde, no amais á los hombres!...

El anciano sonrió tristemente.

—Lloro por ser hombre y me rio de los que intentan consolarme. Ya aprendereis, si lo ignorais aun, que la desgracia hace al hombre desconfiado, como la prosperidad le hace ingrato. Y ya que venís de Berghen, decíame qué viento favorable sopla al capitán Dispolsen. Sin duda goza de alguna felicidad cuando me olvida.

Ordener permaneció un instante silencioso; despues de una pausa, dijo con voz sombría:

—Para hablaros de Dispolsen he venido hoy mismo. Sé que poseia toda vuestra confianza...

—Lo sabeis? preguntó el preso con inquietud; os engañais; nadie en el mundo posee mi confianza. Verdad es que Dispolsen tiene en su poder documentos míos, documentos importantes. Por mí fué á Copenhague á ver al rey... Tampoco negaré que contaba con él más que con los demás, porque cuando yo era poderoso no le hice ningun favor.

—Pues bien, conde, hoy le he visto.

—Vuestra turbación me lo dice... me ha vendido.

—Ha muerto.

—Muerto!

El prisionero cruzó los brazos, inclinó la cabeza, y fijando en el jóven una mirada penetrante, exclamó:

—¿No os dije que habria alcanzado alguna fortuna?

Luego volvió el anciano los ojos hácia la pared, en la que estaban suspendidos los símbolos de la pasada grandeza, é hizo un movimiento con la mano como para alejar el testimonio de un dolor que se esforzaba en vencer.

—No lamento su pérdida... un hombre menos en la tierra... no siento lo que pierdo... qué me queda ya que perder?... pero mi hija... mi infortunada hija... Yo seré la víctima de esa infame trama; pero ¿qué será de esa niña si le arrebatan á su padre?

Volviéndose de repente á Ordener, le preguntó:

—Cómo ha muerto? ¿dónde le habeis visto?

—En el Spladgest; pero no se sabe si se suicidó ó ha sido asesinado.

—Pues importa saberlo. Si fué asesinado, sé de dónde viene el golpe; entonces todo es perdido. Me traia las pruebas del complot que urden contra mí; esas pruebas me hubieran salvado y les hubieran perdido... Desventurada Ethel!

—Señor conde, contestó Ordener saludando, mañana os diré si ha sido ó no asesinado.

Schumacker, sin replicar, siguió á Ordener, que salia, con los ojos, en los que se pintaba la calma de la desesperacion, más espantosa aun que la de la muerte.

Al salir Ordener á la antecámara del prisionero no sabia á qué lado dirigir sus pasos. Anochecía y la sala estaba oscura; abrió una puerta al azar y hallóse en un inmenso corredor alumbrado por la luz de la luna, que cruzaba rápidamente por entre pálidas nubes. Sus velados resplandores caian á intervalos sobre altos y pintados vidrios y dibujaban sobre la pared opuesta como una larga procesion de fantasmas, que aparecia y desaparecia simultáneamente en las profundidades de la galería. Hizo el jóven lentamente la señal de la cruz y se dirigió hácia donde brillaba un resplandor trémulo y rojizo en la extremidad del corredor.

Vió allí una puerta entreabierta y dentro á una jóven arrodillada en un oratorio gótico, al pié de un altar, recitando á media voz las letanías de la Virgen; oracion sencilla y sublime, en la que el alma, elevándose á la Madre de

los Siete Dolores, la ruega que pida á Dios por ella.

Vestia dicha jóven de negro crespon y de gasa blanca, como para indicar de cierto modo á primera vista que habia pasado su juventud en la tristeza y en la inocencia; pero hasta en aquella modesta actitud mostraba en toda ella impreso el sello de una naturaleza singular. Sus ojos y sus largos cabellos eran negros, belleza rara en el Norte; diríase que á su mirada, que elevaba al techo del oratorio, más la inflamaba el éxtasis que la apagaba el recogimiento. Parecia, en fin, una virgen de las orillas de Chipre ó de los campos del Tibur, velada tras los cendales fantásticos de Ossian y prosternada ante la cruz de madera y el altar de piedra de Jesús.

Ordener se estremeció al verla y estuvo á punto de desfallecer al reconocer á la que rezaba.

La jóven rezaba por su padre, por el poderoso caido, por el viejo cautivo abandonado, y recitó en alta voz el salmo de la salida del cautiverio (1).

Rezaba tambien por otro, pero Ordener no oyó su nombre, porque élla no lo pronunció; pero la hermosa niña recitó el canto de Salamita, de la esposa que espera al esposo y la vuelta de su amado.

Ordener se alejó por la galería, respetando á aquella virgen que hablaba con el cielo. La oración es un gran misterio, y su corazon estaba lleno, á pesar suyo, de un delirio desconocido, pero profano.

La puerta del oratorio se cerró lentamente, y en seguida una luz y una mujer blanca en medio de las tinieblas se acercaron á Ordener. Este se detuvo, presa de una de las más violentas emociones que habia experimentado en su vida; arrimóse á la oscura pared; su cuerpo quedó débil y los huesos de sus miembros se chocaban en sus coyunturas; en el silencio de todo su sér los latidos de su corazon los percibian claros sus oidos.

Cuando pasó la jóven oyó el crugido de una capa y percibió un aliento fuerte y precipitado.

—Dios mio! exclamó.

Precipitóse Ordener hácia ella, sostúvola con un brazo, mientras en vano procuraba con el otro detener la lámpara que ella dejó caer al suelo y que se apagó.

—Soy yo, dijo el mancebo con dulzura.

—Ordener! exclamó la jóven, porque el último dejo de aquella voz que no

(1) In exitu Israel, etc.

habia oido en todo un año aun resonaba en sus oidos.

Y la luna, que pasaba, iluminó la alegría de aquel semblante angelical; luego prosiguió, tímida y confusa, y desprendiéndose de los brazos del jóven:

—Es el señor Ordener.

—El mismo, condesa Ethel.

—Por qué me llamais condesa?

—Por qué me llamais señor?

La jóven calló y sonrióse; el extranjero calló y suspiró.

La niña interrumpió la pausa del diálogo, diciendo:

—Cómo estais aquí?

—Perdonadme si mi presencia os aflije. Vine á hablar al conde vuestro padre.

—Segun eso, contestó Ethel alterada, solo habeis venido por él.

El jóven inclinó la cabeza; estas palabras le parecieron injustas.

—Hace sin duda mucho tiempo, continuó la niña con acento de reproche, que estais en Drontheim, y es que acaso no os ha parecido larga la ausencia del castillo.

Ordener, ofendido al parecer, nada respondió.

—Bien hicisteis, añadió la prisionera con voz trémula de dolor y de despecho; ¿pero creo, preguntó con altivez, que no me habeis oido rezar?

—Condesa, respondió el extranjero, os he oido.

—No es muy cortés escuchar espiondo.

—No os he escuchado, os he oido.

—Recé por mi padre, repuso la jóven, mirando fijamente á Ordener y como esperando contestación á estas sencillas palabras.

El extranjero permaneció en silencio.

—Tambien recé, continuó la niña inquieta y observando el efecto que producía en Ordener, por alguno que lleva vuestro nombre, por el hijo del virey, del conde de Guldenlew. Porque debemos rezar por todos, hasta por nuestros perseguidores.

Y Ethel se ruborizó, porque creia mentir; pero estaba resentida con el extranjero y creia haberle nombrado en sus oraciones; la hermosa virgen solo le habia nombrado con el corazón, no con los labios.

—Ordener Guldenlew es muy desgraciado, señora, si le contais entre el número de vuestros enemigos; pero es muy feliz si ocupa un sitio en vuestras oraciones.

—Oh, no! dijo Ethel sobresaltada y temerosa al ver la fria indiferencia del

extranjero; yo no rezaba por él. No sé lo que he hecho ni lo que hago... En cuanto al hijo del virey, le aborrezco y no le conozco. No me mireis con ese aire severo; os he ofendido acaso?... ¿Nada quereis dispensar á una pobre prisionera, vos, que pasais los dias al lado de alguna dama noble y hermosa, libre y feliz como vos?...

—Yo, condesa! exclamó Ordener.

Ethel derramaba lágrimas y el jóven se arrojó á sus piés.

—¿No me dijisteis, prosiguió sonriendo y llorando, que la ausencia os ha parecido corta?

—Quién! yo, condesa?

—No me llameis así, contestó ella con ternura; no soy ya condesa para nadie y mucho menos para vos.

El jóven se levantó con violencia y estrechó á Ethel contra su corazon en un arrebato espontáneo y convulsivo.

—Pues bien, Ethel mia, llámame tu Ordener; y clavando una mirada de fuego en los ojos de la niña bañados aun de lágrimas:—Dime, me amas? la preguntó:

No pudo oirse lo que respondió la jóven, porque Ordener, fuera de sí, robó de sus labios, juntamente con la respuesta, aquel primer favor, aquel beso sagrado que basta á los ojos de Dios para cambiar á dos amantes en dos esposos.

Quedaron mudos los dos jóvenes, porque se encontraban en uno de esos momentos solemnes, tan raros y tan cortos en la tierra, en los que el alma parece que goce como un reflejo de la felicidad del cielo... instantes indefinibles, en los que dos almas hablan un lenguaje para ellas solas comprensible; entonces calla todo lo que es material, y los dos seres inmateriales se unen misteriosamente por toda la vida de este mundo y por toda la eternidad del otro.

Ethel se desprendió lentamente de los brazos de Ordener y á la luz de la luna se miraban con embriaguez. Los ojos ardientes del jóven denotaban orgullo varonil y valor de leon, mientras que la mirada semi-velada de la jóven se bañaba con aquel pudor, con aquella vergüenza angelical, que en el corazon de la virgen se mezcla á todas las alegrías del amor.

—¿Hace un momento, Ordener mio, en este corredor no huías de mí?...

—No huía de tí: estaba como el pobre ciego que recobra la vista despues de muchos años y que vuelve la cara porque no puede sufrir la luz.

—Mejor puede aplicárase esa com-

paración; porque durante tu ausencia no he gozado de otra felicidad que de la presencia de un infortunado preso, de mi padre. Pasé los días consolándole y, añadió bajando los ojos, esperándole. Leía á mi padre las ábulas del Edda, y cuando le veía dudar de los hombres, le leía el Evangelio, para que al menos no dudase del cielo: despues le hablaba de tí y él callaba, lo que prueba que te quiere. Solo cuando pasaba inútilmente toda la tarde en mirar á lo lejos por el camino á los viajeros que llegaban y en el puerto á los bajeles que venian, él meneaba la cabeza sonriendo amargamente y yo lloraba. Esta prision, en la que pasé toda mi vida, llegó á serme odiosa, y sin embargo, estaba en ella mi padre, que la llenaba para mí antes de conocerte; pero tú no estabas en ella y yo deseaba la libertad, que no conocia.

Habia en los ojos de la jóven, en el candor de su ternura, en el suave pudor de su franqueza tal encanto, que la palabra humana es incapaz de describir. Ordener la oia con la alegría concentrada de un sér arrebatado al mundo real para asistir al mundo ideal.

—Y yo, contestó, ahora ya no quiero esa libertad, de la que tú no participas.

—No nos separaremos ya jamás!...

Esta exclamación de júbilo hizo recordar al jóven lo que habia olvidado.

—Esta noche tendré que dejarte, Ethel mia, pero mañana te volveré á ver para dejarte otra vez, hasta que vuelva para no dejarte ya nunca.

—Dios mio! se ausenta todavía!...

—Te repito que volveré pronto á sacarte de esta prision, ó á sepultarme en ella contigo.

—Prisionera con él! dijo Ethel con ternura. No me engañes: ¿puedo esperar tanta felicidad?

—Qué juramento exiges, Ethel? ¿qué quieres de mí? gritó Ordener; dime: ¿no eres mi esposa? Y en amoroso arrebató la estrechaba fuertemente contra su corazón.

—Tuya soy, murmuraba Ethel con voz conmovida.

Y aquellos dos corazones, nobles y puros, palpitan entonces deliciosamente uno junto á otro, sin dejar de ser puros ni nobles.

En aquel instante fueron los jóvenes sorprendidos por una sonora carcajada que junto á ellos resonó. Un hombre embozado en su capa descubrió una linterna sorda que llevaba escondida, cuya luz iluminó de súbito el semblante ater-

rado y confuso de Ethel y el rostro atónito y altivo de Ordener.

—Bravo, parejita, bravo! Pero me parece que habeis andado poco tiempo por el pais de la Ternura, que no habeis seguido todos los recodos del Arroyo del Sentimiento, y que habeis tomado sin duda algun atajo para llegar más pronto á la cabaña del Beso.

Nuestros lectores habrán sin duda reconocido al teniente admirador y plagario de la señorita de Scudery. Sorprendido en la lectura de *Clelia* por el toque de las doce de la noche, que los dos amantes no habian oido, empezó la ronda nocturna en la torre, y al pasar por la extremidad del corredor de Oriente, habia oido algunas palabras y habia visto moverse dos bultos en la galería á la luz de la luna. Entonces, curioso y atrevido, ocultó la linterna debajo de la capa y avanzó de puntillas hácia los dos fantasmas, á los que su brusca carcajada sacó de su éxtasis desagradablemente.

Ethel hizo un movimiento para separarse de Ordener; pero luego, volviendo á él como por instinto y para pedirle protección, ocultó su ardiente frente en el seno del jóven.

Este irguió la suya con orgullo real.

—¡Desgraciado del que viene á asustarte y á afligirte, Ethel mia!

—Soy desgraciado, en efecto, si he tenido la desgracia de espantar á esta tierna doncella.

—Señor teniente, os mando que calleis, gritó Ordener con tono altanero.

—Señor insolente, yo soy el que os lo mando.

—No quereis oirme... solo con el silencio podeis comprar el perdon.

—*Tibi tua*, respondió el teniente: tomad para vos esos consejos.

—Silencio! gritó Ordener con una voz que hizo temblar las altas vidrieras; y depositando á Ethel en uno de los sillones del corredor, sacudió con singular energía el brazo del oficial.

—Hola, señor villano! dijo el teniente entre irritado y risueño; ¿cómo os atreveis á ajar tan brutalmente este jubon, sin reparar que es del más rico terciopelo de Abingdon?

Ordener le contemplaba fijamente.

—Teniente, le dijo, mi paciencia es más corta que mi espada.

—Os comprendo, valiente doncel, dijo el teniente con irónica sonrisa; querriais que os dispensara ese honor; pero ¿sabeis quién soy? pues no os lo dispense, señor mio, porque *príncipe contra príncipe, pas-*

tor contra pastor, como decia el hermoso Leandro.

—Si puede decirse tambien *cobarde contra cobarde*, no tendré el insigne honor de batirme con vos.

—Me enfadaria con vos solo con que vistiérais uniforme.

—No gasto ni sus franjas ni sus galones, pero su sable sí.

El impetuoso extranjero, echándose la capa atrás, púsose la gorra á la cabeza y asió el puño del sable, cuando Ethel, volviendo en sí á la vista de la inminencia del peligro, le cogió del brazo y se colgó á su cuello, lanzando un grito de terror y de súplica.

—Haceis bien, hermosa doncella, si no quereis que ese mancebo reciba el castigo de su atrevimiento, dijo el teniente, que al oír las amenazas de Ordener se puso en guardia con serenidad. Ciro iba á pelear con Cambises, dado caso que no sea hacer demasiado honor á este vasallo el compararle con Cambises.

—¡En nombre del cielo, Sr. Ordener, decia Ethel, que no sea yo causa y testigo de una desgracia! Luego, levantando hácia él sus hermosos ojos, añadió:—¡Ordener, yo te lo suplico!

Ordener envainó lentamente la espada, que ya tenia casi fuera de la vaina, y el teniente dijo:

—A fé mia, ignoro si sois caballero, pero os lo llamo porque me pareceis digno de serlo; á fé mia uno y otro obramos segun las leyes de la bravura, pero no segun las de la galantería. Esta doncella tiene razon; compromisos como el nuestro deben ventilarse sin tener damas por testigos. No podemos, pues, aquí hablar convenientemente más que del *duellum remotum*, y como ofendido, si quereis fijar época, sitio y armas, mi buena hoja toledana y mi puñal de Mérida estarán á la disposición de vuestro tajo, fundido en las fraguas de Ashkrenth, ó de vuestro montante, templado en el lago Sparbo.

El *duelo aplazado*, que proponia á Ordener el teniente, era muy usual en el Norte, de donde pretenden los inteligentes en esta materia que nació la costumbre del desafío. Los más valientes caballeros proponian y aceptaban el *duellum remotum*. Se difería por muchos meses y algunas veces por muchos años, y durante este intervalo no debian ocuparse los adversarios ni en palabras ni en acciones del asunto que causó el desafío: en amor, los dos rivales se abstendian de ver á su amada, con el fin de que las cosas permanecieran en el mismo estado, confian-

do en la lealtad de los dos caballeros: como en los antiguos torneos, si los jueces del campo creian violada la ley de cortesía, arrojaban su baston en la palestra y al instante los combatientes se detenian; pero hasta que se aclarase la duda, la garganta del vencido permanecia á la misma distancia de la espada del vencedor.

—Pues bien, caballero, dijo Ordener, un mensajero mio os indicará la época, el lugar y las armas.

—Sea así, respondió el teniente; y me alegro de ello, porque así tendré tiempo para asistir á la boda de mi hermana, porque habeis de saber que tendreis el honor de batiros con el futuro cuñado de un gran señor, del hijo del virey de Noruega, del baron Ordener Guldenlew, el que con ocasion de este illustre himeneo vá á adquirir el título de conde de Daneskiold, vá á ser coronel y caballero del Elefante; y yo, que soy el hijo del gran canceller de los dos reinos, sin duda alguna ascenderé á capitán.

—Basta, teniente Ahlefeld, basta, dijo Ordener impaciente; todavía no sois capitán, ni es coronel el hijo del virey... y los sables siempre son sables.

—Y los villanos siempre son villanos, aunque uno se esfuerce por elevarlos, murmuró entre dientes el oficial.

—Caballero, dijo Ordener, ya condeis la ley de la caballería: no volveréis á entrar aquí y guardareis completo silencio sobre este asunto.

—En cuanto al silencio, prometo ser callado como Mucio Scévola cuando tenia el áscua sobre la mano. No volveré á entrar aquí, ni entrará ningun argos de la guarnicion; porque acabo de recibir una orden para dejar sin guardia de hoy en adelante á Schumacker, orden que estoy encargado de comunicarle esta misma noche; y ya lo hubiera hecho á no haber pasado mucho tiempo probándome un par de botas nuevas de Cracovia.—Esta orden, hablando entre nosotros, me parece imprudente. ¿Quereis que os enseñe mis borcegufes?...

Durante esta conversacion, Ethel, viéndoles apaciguados y no comprendiendo lo que es un *duellum remotum*, desapareció, despues de haber dicho en voz baja al oido de Ordener:—Hasta mañana.

—Quisiera, teniente Ahlefeld, que me ayudáseis á salir de la fortaleza.

—Con mil amores, dijo el oficial, aunque es un poco tarde, ó mejor dicho, muy temprano. Pero, ¿dónde encontrareis una lancha?

—Eso corre de mi cuenta, contestó Ordener.

Conversando amigablemente salieron y cruzaron el jardín, el patio circular, el patio cuadrado, sin que el extranjero, conducido por el oficial de guardia, hallase el menor obstáculo; pasaron el rastrillo principal, el sotechado de la artillería, la plaza de armas y llegaron a la torre baja, cuya puerta de hierro se abrió por orden del teniente.

—Hasta la vista, señor oficial, dijo Ordener.

—Hasta la vista, respondió el teniente. Os declaro valiente campeón, aunque ignoro quién sois, ni si los pares que llevareis á nuestro *duellum* podrán tomar el título de padrinos ó deberán limitarse al modesto nombre de asistentes.

Estrecháronse las manos los dos jóvenes; cerróse la puerta de hierro y volvió á su habitación el teniente tarareando un aire de Lulli, á admirar sus botas polonesas y la novela francesa.

Ordener, solo ya en la playa, desnudóse, envolviendo su traje en la capa, que ató á la cabeza con el cinturón del sable, y luego, practicando los principios de independencia de Schumacker, se arrojó al agua fría y serena del golfo y empezó á nadar en medio de la oscuridad hacia la orilla, dirigiéndose al Spladgest, sitio al que estaba seguro de llegar muerto ó vivo. Las fatigas del día le habían rendido y abordó penosamente la opuesta playa. Vistióse apresuradamente y se dirigió al Spladgest, que se dibujaba á lo lejos como una mole negra, porque la luna, cubierta de nubes, esparcía escasísima claridad.

Al acercarse al edificio oyó como ruido de voces y vió un débil resplandor que salía por la ventanilla del techo. Admirado, llamó á la puerta cuadrada; entonces cesó el ruido y el resplandor desapareció. Llamó otra vez, y la luz, que volvió á aparecer, mostróle un bulto negro que salía por la abertura superior y se agazapaba sobre el techo plano del edificio. Llamó Ordener por tercera vez con el pomo de su sable y gritó:—¡Abrid en nombre de S. M. el rey! ¡Abrid en nombre de su serenidad el virey!

Abrióse al fin la puerta lentamente y Ordener se halló frente á frente de la larga, pálida y enjuta figura de Spiagudry, el que, con el traje en desorden, desencajados los ojos, erizados los cabellos, en las manos ensangrentadas llevaba una lámpara sepulcral, cuya llama temblaba menos que su cuerpo.

VI.

PIRRO.
Jamás!
ANGELO.
Quieres echártela de hombre de bien...
Miserable! Como digas una sola palabra...
PIRRO.
Pero, Angelo, por el amor de Dios...
ANGELO.
No te opongas á lo que no puedes impedir.
PIRRO.
Ah! cuando el diablo coge al hombre por un cabello, no hay más remedio que abandonarle toda la cabeza.
(LESING.—Emilia Galeotti.)

Una hora despues que el joven viajero de la pluma negra salió del Spladgest se hizo de noche y toda la gente había desaparecido; Oglypiglap cerró la puerta exterior del fúnebre edificio, mientras que su amo Spiagudry rociaba por última vez los cadáveres allí depositados. Retiráronse uno y otro á sus habitaciones, y mientras Oglypiglap dormía en su miserable jergon, como uno de los cadáveres que le rodeaban, Spiagudry, sentado enfrente de una mesa de piedra cubierta de libretos viejos, de plantas disecadas y de huesos descarnados, se sumergía en sus graves estudios, estudios inocentes en realidad, pero que habían contribuido á darle entre el populacho reputación de brujería, fatal acompañamiento de la ciencia de aquella época.

Algunas horas estaba ya absorbido en sus meditaciones y ya iba á dejar los libros para meterse en cama, cuando se fijó en este pasaje lúgubre de Thormodo Thorfæus:

“Cuando un hombre encienda su lámpara, la muerte está en su casa antes de que se apague aquella.”

—Con perdon del sábio doctor, dijo para sí á media voz, no sucederá así esta noche en mi casa; y tomó la lámpara para apagarla.

—Spiagudry! gritó una voz que salía de la sala de los cadáveres.

Al oirla se agitaron temblando todos los miembros del cuerpo del conserje, no porque creyese que los tristes huéspedes del Spladgest se insurreccionasen contra su guardian: era bastante instruido para no sentir terrores imaginarios, y el suyo era real, porque oía muy bien la voz que le llamaba.

—Spiagudry! repitió violentamente aquella; ¿tendré que ir á arrancarte las orejas para que me oigas?

—¡Que San Hospicio tenga piedad, no de mi alma, sino de mi cuerpo! dijo aterrado el conserje, y abandonando los libros y la mesa se dirigió tembloroso hacia la segunda puerta lateral, que abrió.

Nuestros lectores no habrán olvidado que esa puerta comunica con la sala de los muertos.

La lámpara alumbró en la sala un cuadro repugnante y horrible. A una parte el cuerpo largo, flaco y encorvado de Spiagudry; á la otra á un hombre pequeño y rechoncho, vestido de pieles de toda clase de animales, aun teñidas de sangre seca, y de pié al lado del cadáver de Gill Stadt, que con el de su prometida y el del capitán ocupaban el fondo de la escena.

Esos tres testigos mudos, envueltos en la penumbra, eran los únicos que pudieran ver sin huir espantados á los dos vivos, cuya entrevista iba á empezar.

Las facciones del hombre pequeño, que la luz hacia resaltar vivamente, presentaban un aspecto salvaje y feroz. Eran sus barbas rojas y crespas, y su frente, cubierta con un gorro de piel de ante, parecía erizada de cabellos del mismo color; su boca era grande, sus labios muy gruesos, sus dientes blancos, agudos y separados; su nariz corva, como el pico del águila, y sus ojos, de un gris azulado, sumamente movibles, lanzaban á Spiagudry una mirada oblicua, en la que la ferocidad del tigre estaba atemperada por la malicia del mono. Este singular personaje estaba armado de un ancho sable, de un puñal sin vaina, de un hacha con filos de piedra, sobre cuyo grueso mango se apoyaba entonces; sus manos estaban cubiertas de gruesos guantes de cuero de zorra azul.

—Ese viejo espectro me hace esperar mucho tiempo, dijo hablando consigo mismo y lanzando una especie de rugido como una piedra.

Spiagudry hubiera palidecido si él pudiera ponerse pálido.

—¿Sabes, prosiguió, dirigiéndose al conserje que entraba, sabes que vengo de las playas de Urchtal? ¿Me haces esperar porque tienes deseos de cambiar tu lecho de paja por uno de esos lechos de piedra?

Aumentó el temblor de Spiagudry, y los dos únicos dientes que le quedaban rechinaron violentamente.

—Perdonad, señor, dijo doblando el arco de su cuerpo; dormía profundamente.

—¿Deseas que te haga conocer un sueño más profundo todavía?

Hizo Spiagudry un gesto de terror, el único que podía ser más ridículo que sus gestos de alegría.

—Qué es eso? qué tienes? ¿te es desagradable mi presencia?

—No, señor, respondió el conserje. No hay para mí felicidad comparable con la vista de vuestra excelencia.

Y los esfuerzos que hacia para dar á su semblante aterrado expresión amable, solo á los muertos no causarían risa.

—Viejo zorro sin rabo, mi excelencia te manda que me entregues los vestidos de Gill Stadt.

Al pronunciar este nombre, el rostro feroz y burlesco del recién llegado tomó una expresión triste y sombría.

—Oh! señor, perdonad, pero ya no los tengo; vuestra gracia sabe que estamos obligados á entregar al fisco real los despojos de los trabajadores de las minas, de los que es heredero el rey, en calidad de ser su tutor nato.

El hombrecillo se volvió hacia el cadáver, cruzó los brazos y dijo con sordo acento:—Tiene razón: esos miserables mineros son como el eider (1); se le hace el nido para arrancarle las plumas.

Después, levantando el cadáver y apretándole fuertemente con sus brazos, lanzó gritos salvajes de amor y de dolor, semejantes á los gruñidos de una osa que acaricia á su hijuelo.

A estos sonidos inarticulados mezclaba de vez en cuando algunas palabras en dialecto extranjero, que no comprendía Spiagudry.

Luego depositó el cadáver sobre la piedra, y volviéndose hacia el conserje, le dijo:

—¿Sabes, maldito brujo, el nombre del soldado en mal hora nacido que tuvo la desgracia de ser preferido á Gill por su prometida? Y dió un fuerte empujón con el pié á los restos inanimados de Guth Stersen.

Spiagudry hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Pues bien; juro por el hacha de Ingolfo, el jefe de mi raza, que he de exterminar á cuantos usen ese uniforme, y designaba el traje del capitán. El hombre de quien quiero vengarme estará entre ellos; incendiaré todo el bosque para quemar el arbusto venenoso que contiene. Lo juré el mismo día que murió Gill, y ya le he dado un compañero que debe regocijarse su cadáver. Oh, Gill! Ahí estás sin vida, tú que alcanzabas la foca á nado y á la cabra montés en su carrera... ¡Tú, que luchando ahogabas al oso en los montes de Kole! ahí estás inmóvil, tú, que recorrias el Drontheimhus desde Orkel hasta el lago de Smiasen en un día;

(1) Pájaro que dá el edredon.